

Edmund de Waal

EL ORO BLANCO

Historia de una obsesión

Seix Barral

Seix Barral Los Tres Mundos



Edmund de Waal

El oro blanco

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

Título original: *The White Road*

© Edmund de Waal, 2015

Publicado por Chatto & Windus
www.vintage-books.co.uk

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-322-2892-6

Depósito legal: B. 1.374-2016

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

15 PRÓLOGO Jingdezhen - Venecia - Dublín

PRIMERA PARTE

JINGDEZHEN

- | | |
|-----|---|
| 45 | 1. Sobre lo roto |
| 52 | 2. Lo siento |
| 60 | 3. Monte Kao-ling |
| 69 | 4. Producción y decoración y esmaltado
y cocción |
| 78 | 5. Cómo hacer piezas grandes |
| 85 | 6. Obligaciones |
| 88 | 7. Fábrica n.º 72 |
| 100 | 8. Falsificación. Engaño. Impostura |
| 108 | 9. Diez mil cosas |
| 114 | 10. El aguamanil de monje |
| 128 | 11. Lo leo todo. Lo comprendo. Sigue |
| 135 | 12. Preparativos |
| 147 | 13. Los hombres de negro |
| 155 | 14. El Juego de Té del emperador |

SEGUNDA PARTE
VERSALLES - DRESDE

- 161** 15. Las últimas noticias de China
171 16. El pabellón de la porcelana
176 17. Color crema, provinciana y opaca
182 18. Óptica
190 19. El primer modo de formación
198 20. Regalos y promesas y títulos
206 21. El desorden de las cosas
216 22. Un camino, una vocación
227 23. Extraordinaria curiosidad
233 24. No hay oro
238 25. «Duplicar, si no triplicar»
250 26. Promesas, promesas
254 27. Medio translúcido y blanco como la leche, como un narciso
263 28. Invención de la porcelana de Sajonia
269 29. Salas de porcelana, ciudades de porcelana
282 30. 1719

TERCERA PARTE
PLYMOUTH

- 289** 31. El nacimiento de la porcelana inglesa
293 32. Tres escrúpulos hacen un adarme
297 33. ¡Un cuáquero! ¡Un cuáquero! ¡Que salte!
301 34. Una lluvia más fuerte
305 35. Cubriendo el terreno
310 36. Chelines, guijarros o botones
312 37. Cartas edificantes y curiosas
319 38. Se mancha fácilmente con el uso

- 324 39. Tierra china
327 40. Un fragmento que, con permiso, a veces rompía
330 41. Silencios
333 42. Tregonning Hill
340 43. Lo más brillante en objetos blancos
345 44. Ideas de blancura

CUARTA PARTE

MONTE AYOREE - ETRURIA - CORNUALLES

- 349 45. Idea de la perfecta porcelana
355 46. El monte Ayoree
366 47. C. F.
371 48. Sobre la cualidad de ser inglés
380 49. Finales, principios
387 50. Un astuto requisito
394 51. Elegía de Gray
397 52. Viaje por Cornualles
402 53. Reflexiones sobre la emigración
411 54. Viaje por carretera
421 55. 1790

QUINTA PARTE

LONDRES - JINGDEZHEN - DACHAU

- 433 56. «Señales & Portentos»
438 57. 1919
445 58. Trabajo rojo
450 59. «Tierra Brillante, Tierra Horneada»
455 60. Qué blancura, qué candor
469 61. Allach

- 478** 62. La vela equivocada
486 63. Orientación correcta
491 64. Otro testigo
496 65. La Boehm Porcelain Co. de Trenton,
Nueva Jersey

CODA

LONDRES - NUEVA YORK - LONDRES

- 501** 66. Atemwende

- 509** *Otras lecturas*
511 *Lista de ilustraciones*
519 *Agradecimientos*

CAPÍTULO UNO

Sobre lo roto

I

Parece como si todo llevase horas en marcha. Son las seis de la mañana y los puestos ya están abiertos, sandías dispuestas en pirámides, el reparador de bicicletas sentado junto a su caja de herramientas. Las calles son un tumulto de bicicletas y de nudos de gente. El vendedor de carpas, con su caja de polietileno en la trasera del *scooter*, nos pasa por delante, se da la vuelta y despotrica de un modo exagerado. Vamos en dirección norte, hacia las colinas, dejando atrás la polvorienta ciudad, más allá de los callejones embutidos entre altos muros de ladrillo, fábricas con las ventanas abiertas, basura. El día está gris y promete un intenso calor igual de gris.

El automóvil sale de la nueva autopista y se mete en el camino viejo, y luego deja el camino viejo para tomar por el sendero viejo que sube entre las viviendas de dos agricultores. Ambas de tres plantas, con tejado a dos

aguas. La de la izquierda tiene un pórtico sostenido por dos columnas corintias color oro.

¿Cuándo se hicieron ricos los agricultores chinos?

En los arrozales el arroz es joven. Subimos por los baches y luego paramos ante otra granja, una casa moderna, a medio terminar, estuco sobre finas paredes de ladrillo chino, viejos graneros entre los árboles. Un coche accidentado descansa sobre bloques de cemento. Hemos ascendido treinta y tantos metros a sotavento de una colina, una extensión de bambú hasta la primera elevación, más allá una montaña, campos cultivados sin entusiasmo alguno, por debajo de nosotros. Hay un pequeño lago, un declive cenagoso rodeado de juncos.

Una mujer acude a la puerta y se pone a gritarnos, y nuestra guía le explica, también a gritos, que soy arqueólogo, investigador, legal.

Y bajo los neumáticos de nuestro auto entre los juncos hay gacetas refractarias rotas, marrones y negras, vasijas de arcilla toscamente torneadas, de bordes altos y rígidos, doce o quince centímetros de boca. Y fragmentos, pálidas medialunas de porcelana en la tierra roja. Recojo el primero y es la base de una copa de vino del siglo XII, un tallo fino y decreciente que sostiene un cuenco dentado, como el pulgar de ancho. Y no blanco, en absoluto, sino de un ligero color azul celadón deslavado, con un entramado de grietas marrones por todas partes, por donde este suelo ha estado cientos de años manchándolo.

Este es mi grial del momento, y lo sostengo con reverencia y se ríen de mí, de mi ridícula epifanía, porque más adelante, más arriba, hay toda una ladera de fragmentos, todo un derrumbe de roturas, una nomenclatura completa de lo que puede fallar en porcelana. No es un



*Gaceta refractaria con un trozo de porcelana dentro,
Jingdezhen, 2012.*

montículo de desechos, descuidado pero discreto, sino todo un paisaje de porcelana.

Me agacho a recoger otro fragmento, y este tiene la base demasiado fina y se ha deformado y retorcido como una muchacha art nouveau. Y este pedazo color paja, tan bello, se ha resquebrajado a partir de una burbuja que

estalló durante la cocción. Y esta concatenación de arcilla son tres gacetas comprimiendo tres cuencos blancos, una cocción a temperatura demasiado alta, demasiado rápida, demasiado larga, que ha dejado este trozo de fiera geología.

Y sabe Dios qué habrá ocurrido aquí. Hay una zona de cuencos rotos, color verde oliva, entre unas ortigas altas, una especie de lugar del delito.

La lluvia estival ha dejado la tierra tan friable que cada paso destapa el borde de una jarra, el anillo de una base, el centro de un profundo cuenco celadón decorado al peine, un esbozo de peonía, sostenido en turbulencias de esmalte.

Sostengo en la mano este fragmento, recorro su dibujo con el dedo índice; para hacer esto hay que saber en qué momento la arcilla está tan blanda como el cuero, permitiendo el contacto profundo entre el peine y el cuenco. Demasiado blando y se producirán desgarraduras y rebordes. Demasiado fuerte y patinará. O se romperá el cuenco. Es toda esta exactitud y todo este exceso en un mismo sitio lo que me desmorona el tiempo. Sé que este cuenco, tal como yo lo ideo, llevó un minuto en la rueda, quizá menos, estaba seco para el afinado apenas unas horas más tarde, en una mañana como esta. Sería uno más entre docenas en una tabla, pasado a manos del decorador y terminado antes de mediodía.

Nos abrimos camino golpeando la broza con palos, por las serpientes, y devuelvo a la ladera los fragmentos que he recogido, en un momento de exultante conexión, y luego tengo que ponerme a buscar mi trozo de copa del siglo XII, para verificar su peso. Pero no hay modo de encontrarlo. Esto tiene unas dimensiones que me rebasan.

Hay cientos de parajes así en estas colinas, no estoy en una zona principal de kilns, es un sitio sin importancia para la historia del arte, no está documentado, solo lo conocen los agricultores que han de ocuparse de los desperdicios, de los pedazos rotos que han de retirar con las azadas para sembrar habichuelas, y también, recientemente, lo conoce algún oportunista que, desafiando a la vieja de la granja, se pone a excavar en busca de tesoros que vender en el mercado de los lunes, en la ciudad, a veinte kilómetros de aquí.

II

Hace ochocientos años en esta ladera habría veintitantos alfareros, hasta las cejas de barro en invierno, devorados por las moscas de caballo en las mañanas de canícula como esta, con serpientes en todas las estaciones. Los kilns hace tiempo que no están, sus ladrillos han sido utilizados para hacer cobertizos o pocilgas, o troceados para cimentación o sencillamente devueltos a la tierra por el paso del tiempo, pero estas laderas han tenido que ser buenas para construir en ellas, y el bambú y esas hierbas altas seguramente servían para envolver las piezas terminadas y luego transportarlas hasta el río, hasta los barcos que las llevarían a la ciudad.

Y las piezas que salían mal irían siendo arrojadas por encima del hombro desde la boca del horno, al concluir la cocción, acumulándose una temporada tras otra entre las piedras y la tierra tornadiza por las lluvias primaverales. Miles y miles de piezas que salían mal, obligando a rehacer cada gaceta refractaria resquebrajada, a invertir unas cuantas horas de esfuerzo añadido, a perder una

parte del día en recomponer cada pila de tazas de té que se deformaba... Los alfareros cobrarían por trabajo terminado, por pieza, sin salario. «Los frascos cubren cada pulgada de espacio ante la puerta —escribe un poeta de hace mil años—, pero no hay una sola teja en el techo / en tanto que las casas de quienes no tocan la arcilla / lucen tejas apretadas como escamas de pez.»

Esto contesta a mi pregunta de cómo sobrevivir cuando las cosas salen mal, con tanta frecuencia. Trabajando más. Haciendo más, y luego otro poco más.

III

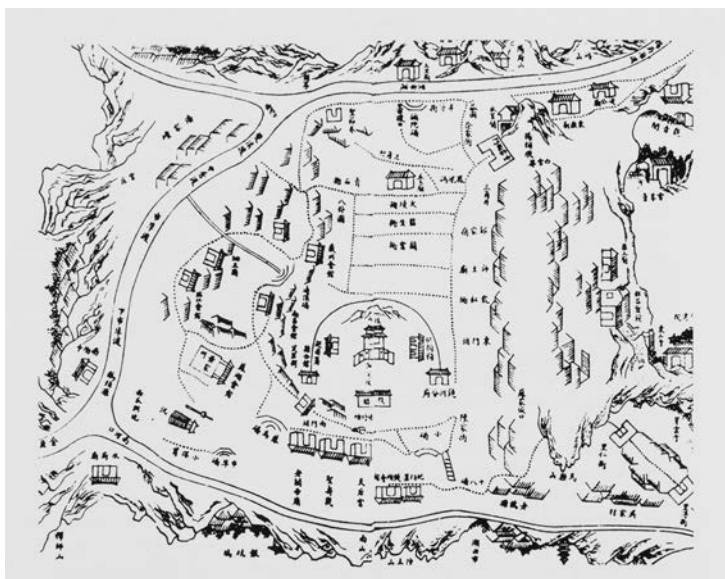
Si miro al sur desde aquí, desde el fondo del valle, alcanzo a distinguir el río, que tiene una anchura de varias decenas de metros y que cruza la ciudad, fluyendo desde el norte hacia el Yangtsé. Otros afluentes se le incorporan, serpenteando laderas abajo. A mi espalda, a cincuenta kilómetros, están las colinas que integran la montaña de Kao-ling, y se alzan montañas en todas direcciones. Los bosques son densos borrones verdinegros. Veo la carretera, pero no hay más sonido que el de la brisa entre los bambúes y los grillos entre las hierbas altas.

He estado mirando todos los mapas. Los hay chinos, del siglo XVII, esquemáticos, en los que se muestra la disposición de las casas y los kilns y los ríos. Hay también los mapas que elaboraron los jesuitas un siglo más adelante, los primeros empecinados intentos de hacer el país explicable para Occidente, y luego los mapas extrañamente anémicos de los libros de arqueología de la región —con las variantes toponímicas añadidas a las colinas y los ríos, por fortuna.

Entre los preferidos está uno de 1937, obra de un tal A. D. Brankston, un joven inglés, que trepó por esas colinas y bosquejó un mapa a una escala de «aproximadamente tres millas por pulgada», con pequeñas casetas mal dibujadas indicando la presencia de kilns. Hay muchas lagunas en sus mapas, por rumores de bandidaje. Hace que este paisaje tenga un parecido con el Hampshire.

Pero nada me ha preparado para esto. Es un hermoso puzzle, este paisaje. Tiende ante mis ojos su tierra y sus bosques y su agua y sus pueblos. Y, por la razón que fuese, por la acción de las personas y del azar, el comercio y el gusto se juntaron aquí para crear el centro de la porcelana mundial.

Tengo un plan. Quiero subir al monte y seguir el camino viejo que la materia prima de la porcelana seguía para regresar a la ciudad.



Mapa de Jingdezhen tomado del Tao Lu, 1815.